

POR UN ROJO AMANECER:



HACIA UNA HISTORIA  
DE LOS  
COMUNISTAS CHILENOS

MANUEL LOYOLA  
JORGE ROJAS  
*compiladores*

OSCAR AZOCAR  
LUIS CORVALAN M.  
EVGENIA FEDIAKOVA  
GERMAN PALACIOS

CRISTIAN PEREZ  
CESAR QUIROZ  
AUGUSTO SAMANIEGO  
OLGA ULIANOVA

*Prólogo de Hernán Soto*

# Las tensiones entre la teoría y la práctica en el Partido Comunista en los años 60 y 70

Luis Corvalán M.

El problema que plantea esta ponencia versa sobre la relación existente entre la teoría y la práctica del PC, en particular durante los años sesenta y setenta. La hipótesis que quisiera argumentar es la siguiente. Existió cierta tensión e incluso contradicción entre la teoría ortodoxa marxista leninista a la que el PC adhería en forma rigurosa y el tipo de estrategia y práctica gradualista e institucional que lo caracterizó. A fines de los setenta y comienzos de los ochenta, sin embargo, esta tensión se resolvió en favor de la teoría ortodoxa, desde la cual pasó a determinarse la práctica partidaria.

## I

Como es sabido, el PC, al menos desde su proceso de bolchevización en adelante, adhirió como cuestión de principios a una teoría ortodoxa, el marxismo leninismo, originario de la URSS de los años veinte. Este consideraba que el tránsito entre el capitalismo y el socialismo estaba regido por leyes generales objetivas e ineludibles. Entre ellas destaca la toma del poder y la dictadura del proletariado, en el contexto de un proceso revolucionario mundial derivado de la crisis general del capitalismo, proceso que encontraría en la URSS su centro y motor principal.

Sin embargo, la práctica del PC, excepto en lo referente

a la concepción centralista del partido, al menos desde los cincuenta en adelante, pero en particular desde los sesenta, no venía determinada por esa teoría, pese a que permanentemente se la invocaba a posteriori como un elemento de legitimación de las decisiones políticas. La práctica del PC, en realidad, correspondió a una especie de «pragmatismo iluminado», que reflejaba plenamente las realidades nacionales. Su rasgo principal era su carácter gradualista e institucional. Partía del supuesto implícito de que el socialismo sería el resultado de fases intermedias, conseguido sin ruptura institucional, sobre la base de mayorías sociales y políticas, en donde los sujetos del cambio actuarían preferentemente desde dentro del Estado, privilegiando de hecho el proceso por sobre la ruptura, la que implícitamente quedaba desplazada hacia un futuro indeterminado.

En la medida en que el PC percibió que existía una tensión entre su práctica -en realidad innovadora- y la teoría ortodoxa que profesaba, intentó una conciliación entre ambas a través de dos argumentos, no del todo coherentes entre sí.

El primero sostenía que las leyes generales que regían el paso del capitalismo al socialismo, siendo por su contenido universales, por su forma son nacionales. Por tanto, se hacía necesario descubrir las particularidades en que, dada nuestra situación concreta, aquellas se manifestaban. Esta tesis, sin duda, proporcionaba cierto campo de maniobra, permitiendo, de otro lado, calificar como dogmáticos a quienes, como la llamada ultraizquierda, pretendían aplicar la teoría al pie de la letra.

El segundo argumento era más elemental. Proclamaba

simplemente que los problemas eran concretos y prácticos y que, en consecuencia, no cabía detenerse en teoricismos. A su debido tiempo la práctica daría una respuesta adecuada a ciertas interrogantes que de preferencia emergían como producto de una reflexión abstracta.

Estas respuestas, sin embargo, empezaron a percibirse como insatisfactorias luego de la derrota de 1973, lo que llevaría a replanteamientos de fondo traducidos, como se dijo arriba, en un esfuerzo por asumir a plenitud los requerimientos de la ortodoxia teórica.

## II

Para argumentar la hipótesis planteada seleccionaré una serie de hitos en la política del PC verificados entre los cincuenta y los setenta, los que me parecen relevantes para los efectos de ilustrar de manera clara su práctica y su visión gradualista e institucional, difícilmente integrable con la teoría ortodoxa que profesaba. Luego haré lo propio respecto a ciertos hitos que marcan la recuperación de dicha ortodoxia por el discurso partidario y el intento por definir desde allí su práctica. Los hitos seleccionados son los siguientes:

Primero. La posición del partido frente a la Ley de Defensa de la Democracia, que lo pusiera fuera de la ley en 1948 y que frenara las tendencias democratizadoras entonces en curso en la sociedad chilena. A comienzos de los cincuenta cristalizaron dos posiciones sobre esta cuestión al interior del PC. La primera, encarnada en la Secretaría General, postulaba reconquistar la legalidad, redemocratizar el sistema político reinsertándose en él, apoyándose en la acción de amplias alian-

zas populares con dirección obrera.<sup>1</sup> Este enfoque finalmente se tradujo en la política de Frente de Liberación Nacional, que se materializó en el Frente del Pueblo, antecesor del FRAP y de la UP. La segunda posición, que nunca fue oficial, se incubó en la secretaría de organización. Planteó la necesidad de poner el centro de la acción fuera y en contra del orden institucional y la utilización de todas las formas de lucha, incluyendo la armada. Esta estrategia, conocida como «reinosista», en referencia a su principal representante, fue derrotada y sus precursores expulsados del partido.

Segundo. El X Congreso, celebrado en 1956. En este evento el PC sostuvo que en Chile era posible hacer transformaciones de fondo por la vía pacífica.<sup>2</sup> Ello, se agregó, implicaría introducir transformaciones democráticas en el Estado con el fin de que este pudiera ser puesto gradualmente en manos del pueblo. Es decir, no se postuló la destrucción del Estado burgués, sino su democratización y cambio gradual mediante la inserción del movimiento popular en él. En tal marco figura la temática de unir a la mayoría de la nación en contra de la oligarquía y el imperialismo. Los temas subyacentes, por tanto, eran los de la formación de mayorías sociales y políticas, la conformación de un sujeto nacional popular, y los referentes a la correlación entre cambio hacia el socialismo y democratización. En tal sentido, el PC en la práctica - no

---

<sup>1</sup> Véase, Galo González, «El Partido Comunista de Chile es Indestructible e Indivisible», en *La Lucha por la formación del Partido Comunista*, Santiago, 1958, sin pie de imprenta, p. 69 y siguientes.

<sup>2</sup> Véase, Galo González, «La Discusión en el Partido Comunista de Chile», en la citada obra, *«La Lucha por la Formación del Partido Comunista de Chile»*, p. 84 y siguientes.

en la teoría - coincidió con la intuición que ya tenía Salvador Allende, y que después se conociera con el nombre de «vía chilena al socialismo».

Tercero. Posición ante la revolución cubana. El PC no dudó en apoyar desde sus comienzos mismos a la revolución cubana. Pero nunca consideró que la estrategia que la había llevado al triunfo fuera generalizable al continente. En este sentido, y a diferencia del PS, siguió defendiendo una política que tuviera en consideración las especificidades nacionales. Así, el Secretario General del partido, Luis Corvalán, señalaba en 1961: «nada sería más erróneo ni anticientífico que trasladar mecánicamente la experiencia cubana al resto de los países latinoamericanos en los cuales la vía más probable sea la violenta y mucho menos donde la más probable sea la pacífica».<sup>3</sup>

Una nueva defensa - entre otras - de las especificidades nacionales y de una vía pacífica que utilizara el voto destinada a insertar cada vez más al movimiento popular en el Estado, democratizándolo, fue hecha por Luis Corvalán un par de años después. Señaló entonces que una vía tal era factible en razón de: 1) la existencia del FRAP que como frente político podía concitar un apoyo ciudadano suficiente como para vencer; 2) la existencia de un sistema electoral que, bajo la presión de las «masas movilizadas», podía hacer de las elecciones presidenciales una coyuntura para constituir un gobierno popular; 3) «la voluntad de cambio que anima a la mayoría nacio-

---

<sup>3</sup> Luis Corvalán Lepe, «Nuestra Vía Revolucionaria», folleto publicado en 1964, incluido en *Camino de Victoria*, Impresora Horizonte, Santiago, 1971, p. 45 y 46.

nal está vinculada - señalaba Corvalán - a la idea de que ellos se logren, empezando por la conquista de un gobierno popular, a través de una vía no armada»; y 4) las tradiciones políticas del país, el desarrollo de su «democracia burguesa» y el rol del pueblo en lo referente a sus luchas por la defensa y ampliación de las libertades democráticas «gravitan contra los propósitos antidemocráticos de la ultrareacción y favorecen la lucha contra sus tentativas golpistas...». <sup>4</sup>

Esta línea política fue impulsada por el PC en contra de lo que pensaba el PS y el MIR, quienes sostenían una estrategia armada en el marco de una revolución continental única. El resultado más importante de esa línea fue la conformación de la UP y la conquista del gobierno en 1970. Ello, como es sabido, dio lugar a la presidencia de Salvador Allende, con un programa que contenía una perspectiva socialista asumida sin ruptura institucional, con el mantenimiento y desarrollo de todas las libertades públicas y de una sociedad pluralista y pluripartidista.

### III.

Bajo el gobierno de Salvador Allende el PC mantuvo rigurosamente sus concepciones gradualistas e institucionales. Señalemos algunas coyunturas relevantes al respecto.

Primero, el Pleno del C.C. de noviembre de 1970. Allí el PC sostuvo que, sobre la base de una correlación de fuerzas

---

<sup>4</sup> Luis Corvalán Lepe, «La Vía Pacífica es una forma de la Revolución», artículo publicado en *Nuestra Epoca*, diciembre de 1963, incluido en *Camino de Victoria*, edición citada, p. 52

favorables a gestar, era posible una transformación institucional del Estado. Al respecto, sostuvo que la Constitución Política «(confería) al Presidente de la República el derecho a convocar un plebiscito para disolver el Parlamento en caso de conflicto entre ambos poderes. En un momento determinado, agregó el informe, habrá que hacer uso de esa facultad y abrir paso a una nueva Constitución y a una nueva institucionalidad, a un Estado Popular». <sup>5</sup> Esto en el marco de la mantención de una sociedad pluralista. <sup>6</sup> Por tanto, lo que se volvía a postular era un cambio político sin ruptura legal, correlacionado, claro está, con transformaciones en la estructura económica y social. Al mismo tiempo, el Pleno postuló la necesidad de ciertos acuerdos legislativos con la DC en función de estas transformaciones, pretendiendo a la par, aislar a la derecha golpista, haciendo posible así que el proceso transcurriera por una vía no armada.

Segundo: el problema de la correlación entre economía y política. Para el PC la economía hasta cierto punto pasó a tener primacía sobre la política. El buen funcionamiento económico le parecía una condición para ganar a las mayorías para los cambios. De allí que en 1971 planteara la «Batalla de la Producción». Ese mismo año, el secretario General del Partido, en un discurso de saludo al 39 aniversario de las JJCC, llamó a una «lucha contra el despilfarro en las empresas estatales y en los servicios públicos; (y) el combate por la eficien-

---

<sup>5</sup> Luis Corvalán Lepe, Informe al Pleno del C.C., 26 de noviembre de 1970. En *Tres Períodos de Nuestra Vía Revolucionaria*, Dresden, 1982, p. 76-77.

<sup>6</sup> En el artículo de Luis Corvalán Lepe, «El Gobierno Popular», aparecido en la *Revista Internacional* de diciembre de 1970, la cuestión del pluralismo se toca con más amplitud de lo que lo hiciera el Pleno de noviembre.

cia en toda la labor del gobierno». <sup>7</sup> En este contexto sostuvo la necesidad de hacer rectificaciones en el funcionamiento de la economía y del propio gobierno. Es decir, a diferencia del PS, el PC percibió bien que lo técnico, que la cuestión de la eficiencia, era una cuestión política y que su implementación adecuada era la condición para el éxito de una estrategia gradualista e institucional en la medida que esta suponía la consecución de mayorías sociales y políticas. Esta temática la hizo suya el PC a los pocos meses de asumido el gobierno.

Tercero: la cuestión de consolidar versus avanzar. En su Conferencia Nacional de noviembre de 1971 el PC se percató que las profundas transformaciones estructurales que a esa altura se habían realizado debían ser consolidadas políticamente, de lo contrario se corría el riesgo de una vuelta atrás. En tal sentido, su preocupación se tradujo en un empeño por evitar que la DC fuera cooptada por la derecha y por lograr que ese partido apoyara al menos algunas de los cambios en curso. No cabía, pues, embarcarse en nuevas transformaciones, había que asegurar las ya hechas y frustrar cualquier intento desestabilizador del sistema institucional por parte de la derecha. A tales fines postuló un diálogo constructivo con la DC. «El gobierno del Presidente Allende ha extremado su disposición al diálogo», decía el informe rendido por Orlando Millas a la Conferencia, y agregaba: «reafirmamos esta actitud ante la Democracia Cristiana, que no tiene por qué significar concesiones ideológicas o políticas de una ni de otra parte, sino simplemente una convivencia civilizada y la consulta de soluciones democráticas». <sup>8</sup> Es decir, el PC intuyó que no era posi-

---

<sup>7</sup> Luis Corvalán Lepe, discurso de saludo a las JJCC en su 39 aniversario. Inserción en *El Mercurio*, 9 de septiembre de 1971, p. 23.

<sup>8</sup> *La Nación*, 1 de noviembre de 1971, p. 5

ble implementar cambios de fondo en contra de la voluntad de la mayoría del país. De allí que era necesario ganar a esa mayoría para tales transformaciones. Esto, por cierto, de hecho conllevaba implícitamente una vía democrática hacia el socialismo.

Cuarto. El cónclave de Lo Curro de julio de 1972. En este evento en el fondo se abordó la disyuntiva entre avanzar y consolidar. La primera suponía orientarse hacia un enfrentamiento decisivo de clases, que sería seguramente violento, como lo preverá el PS. La segunda, postulada por el PC, implicaba orientarse a formar mayorías sociales y políticas para el cambio. Aparte de rectificaciones económicas, implicaba, por tanto, diálogo y acuerdo con la DC, en particular para legislar respecto a la formación del APS, de hecho ya constituida. Salvador Allende, por cierto, defendía esta segunda opción, en función de la cual salió debate. Las medidas políticas pensadas por el presidente en esta coyuntura eran las siguientes: 1) diálogo y acuerdo con la DC con el fin de lograr el apoyo de esta al menos para algunas de las transformaciones en curso. Tal cosa suponía aceptar las demandas de este partido sobre las empresas de trabajadores y aquella otra referente a que, traspasadas al APS las 80 empresas monopólicas mayores, todo nuevo paso de empresas del área privada a la social supondría una ley especial aprobada en el Parlamento. 2) Reestructurar el gabinete, incorporando al General Prats a él, con el aval implícito del PDC. Se generaría así una correlación de fuerzas mayoritaria por los cambios que haría posible que el proceso en curso podría verificarse por la vía institucional, con una fuerte base jurídica, apoyado en mayorías sociales y políticas y en grandes consensos nacionales. Esta iniciativa, resuelta por Allende en Lo Curro, con apoyo del PC, dio paso al diálo-

go Gobierno PDC, que fracasó en el último minuto por obra del sector freista de este partido, luego de que se produjeran acuerdos sustantivos. La incorporación del general Prats al gabinete también se frustró ante el veto del PS. Referente al diálogo con la DC, el PC declaró que pese a que había fracasado, «no significaba que no tuviera validez de fondo.»<sup>9</sup>

Esta coyuntura fue clave. Quizás en ella se decidió el futuro de todo el proceso de cambios al frustrarse la posibilidad de una confluencia entre la izquierda y el centro. Lo que advino luego, en efecto, fue la cooptación de la DC por la derecha expresada en acciones unitarias de la oposición, que tuvieron su expresión principal en el paro de octubre y en la alianza electoral de la CODE. Todo ello condujo a una extrema polarización del escenario político.

Quinto. El Pleno del C.C. de marzo de 1973. Polarizado ya del todo el escenario político, el PC se orientó a impedir la ruptura institucional. En el informe al evento, Luis Corvalán sostuvo: «debemos asegurar lo que hemos llamado más de alguna vez el desarrollo normal de los acontecimientos, con vistas a generar en las elecciones presidenciales de 1976 un nuevo Gobierno Popular y Revolucionario que contenga la obra que le ha correspondido iniciar a la que ha encabezado el compañero Salvador Allende».<sup>10</sup> El PC, por tanto, concebía que la suerte del proceso de cambios estaba sujeta a: 1) la persistencia del marco institucional; y 2) la consecución de mayorías electorales que permitieran su transformación y democratización. Esta última cuestión, ante el hecho de que la UP no obtu-

---

<sup>9</sup> *La Nación*, 13 de julio de 1972, p. 5

<sup>10</sup> *El Siglo*, 29 de marzo de 1973.

viera la mayoría de las Cámaras en las elecciones de marzo de ese año, el Pleno implícitamente la dejó planteada para el nuevo gobierno a conquistar en 1976.

Ahora bien, no cabe duda que concebir la consecución de mayorías electorales como un requisito del éxito del proceso revolucionario traía notorias implicancias, tanto prácticas como teóricas. Respecto a las primeras, quizás antes que nada figuraba la necesidad de plantearse el imperativo de sintonizar con el sentido común y con las legitimaciones fundamentales de la cultura política chilena, que giraban en torno a los conceptos de democracia y libertad. Difícilmente un proyecto de cambios que aspirara a concitar el apoyo de mayorías sociales y políticas podía en Chile hacer abstracción de esos conceptos. Y el PC, quizás tanto como Salvador Allende, lo sabía. Esa era una de las razones, entre otras, por las que, en realidad desde décadas atrás, tuviera que concederles un lugar creciente en su discurso y proyecto.

Si se acepta que esto no contenía un mero acomodo táctico instrumental, en el sentido más maquiavélico del término, aquí ciertamente había algo más, que el PC nunca se atrevió a teorizar, quizás porque la intuición le mostraba que chocaría con la ortodoxia marxista-leninista de origen soviético que formalmente profesaba. El PC, en efecto, no se avino a sacar las pertinentes conclusiones teóricas de su práctica democrática, institucional y gradualista, que contenía importantes elementos de una segunda vía que podía haber sido aceptable para el centro progresista, interpelando a su base y a su intelectualidad. La dificultad que le impidió asumir ese desafío radicó probablemente en que ello le hubiera implicado romper con la ortodoxia teórica que profesaba y plantearse

críticamente respecto al socialismo real. Esto, sin dudas, hubiera alterado su posición dentro del ya conmocionado movimiento Comunista Internacional, modificando negativamente en algún grado sus relaciones con la URSS, a la que era acriticamente afecto.

El propio Secretario General del partido reconoció en 1972 sus temores de asumir los desafíos teóricos planteados por el proceso chileno y por la práctica del PC. «Pienso - dijo - que existen ciertos riesgos en cuanto a la pretensión de elaborar teóricamente esta experiencia, de entrar en formulaciones teóricas sobre la base de esta experiencia...; para mí - agregó - lo más importante es empujar este proceso, y yo creo que hay tiempo para la elaboración teórica con menos riesgos».<sup>11</sup>

Esta indecisión para elaborar teóricamente la propia práctica, junto con la adhesión acrítica a la URSS y al socialismo real, le restó al PC capacidad de interlocución con el centro, frente al cual, pese a su permanente conducta democrática, aparecía como sospechoso. Ello, a su vez, frustró sus reiterados esfuerzos dirigidos a despolarizar el escenario político y a formar mayorías sociales y políticas para el cambio.

El golpe del 11 de septiembre marcó el fracaso de una estrategia hasta cierto punto heterodoxa que el PC había venido paulatinamente elaborando por decenios. Esa derrota, dada su radicalidad, provocaría en él una autocrítica general seguida de un intento por determinar en adelante en forma rigurosa su práctica a partir de la ortodoxia teórica que profesaba.

---

<sup>11</sup> Eduardo Labarca, *Corvalán 27 horas*, Ed. Quimantú, Santiago, 1972, p. 84

#### IV.

En el proceso de reivindicar el valor práctico de la ortodoxia teórica por parte del PC destacaré dos momentos relevantes.

Primero, el Pleno del C.C. de agosto de 1977. En él, a través del informe rendido por su Secretario General, titulado «La Revolución Chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota», se procedió a hacer una evaluación crítica del período de la UP. El criterio del análisis fueron las leyes generales del paso del capitalismo al socialismo, las que según el informe, «rigen en toda circunstancia, cualquiera sean las vías de que se trate».<sup>12</sup> Es decir, se estableció como criterio analítico precisamente aquel que constituía el núcleo de la ortodoxia teórica. Desde aquí se visualizaron las «desviaciones» tanto de «derecha» como de «izquierda» que se habían producido respecto de esas leyes, atribuyéndoles ser las causantes de la derrota.

Desde tal óptica el PC se deslindó explícitamente de una serie de tesis que Salvador Allende había defendido y que formaban parte de la «vía chilena al socialismo», tesis que, por lo demás, estaban en el programa de la UP, que el PC había defendido incondicionalmente frente a la izquierda radical. Tal deslinde se verificó en torno a las siguientes cuestiones: 1) el postulado sobre la divisibilidad de la libertad, es decir, el supuesto de que la revolución no puede darle libertad a sus ene-

---

<sup>12</sup> Luis Corvalán Lepe, «La Revolución Chilena: sus grandes méritos y las causas de su derrota», en *Tres Períodos de nuestra Línea Revolucionaria*, Berlín, 1982, p. 149 y siguientes.

migos; 2) la afirmación de que no es posible un segundo modelo de socialismo sin dictadura del proletariado; y 3) la negativa a concebir la conformación de mayorías sociales y políticas como un requisito para el cambio social, al tiempo que, en subsidio de estas, se pasó a poner de relieve al «componente militar».

El punto uno, como se dijo, se refería a que no era posible darle libertad a los enemigos de la revolución. El informe planteó la cuestión señalando que la experiencia chilena había demostrado que la revolución debía «luchar por la libertad para el pueblo y no para sus enemigos...». Más explícitamente además, agregó: «no compartimos las posiciones de quienes estiman que la libertad es indivisible y que la revolución y el socialismo deben darle los mismos derechos a todos, comprendidos los enemigos».<sup>13</sup> Esto, en definitiva, constituiría una «ley general» de toda revolución. Su quebrantamiento había constituido una desviación de derecha, y en cuanto tal había sido una de las causas de la derrota de la UP.

En cuanto al punto dos, el informe al pleno fue igualmente explícito: subrayó la diferencia de fondo del PC respecto del pensamiento político de Salvador Allende. «Disentimos, por ejemplo, - señaló el secretario general del PC- de su criterio de que nuestra vía revolucionaria conformaría un segundo modelo de realización del socialismo que excluiría o haría innecesaria la dictadura del proletariado en un período de transición determinado».<sup>14</sup> Tal disenso, claro está, había ocurrido en pleno gobierno de la UP. Ahora, como producto de su de-

---

<sup>13</sup> Luis Corvalán, *Op. Cit.*, p. 165.

<sup>14</sup> Luis Corvalán, *Op. Cit.*, p. 182.

rrota, el PC explicitó esas diferencias teóricas y, además, las transformó en conclusiones políticas. Aquí, por cierto, estaba lo nuevo.

En cuanto al punto tres, referente a la cuestión de las mayorías, el Pleno lo trató a propósito del concepto de «correlación de fuerzas». Partiendo del supuesto de que el problema del poder se resuelve si se logra conformar una correlación de fuerza favorable, el PC, en su Pleno de 1977, pasó a precisar que «el concepto de una correlación de fuerzas favorable no es sinónimo de «mayoría». Según sus nuevas formulaciones, este partido sostuvo que «la mayoría es importante y hay que buscarla siempre, pero ella no basta por sí sola y en determinados instantes históricos hasta puede faltar transitoriamente». A la luz de esta premisa, el PC sostuvo que «lo que pesa verdaderamente, hablando de mayoría, es la mayoría activa». De tal modo, esta colectividad concluyó en que «el concepto de una correlación de fuerzas favorable es, entonces, más rico y más complejo. Comprende también la moral de combate, el nivel de organización, la capacidad de movilización, la homogeneidad de pensamiento de la coalición y, obviamente, de una manera relevante, el componente militar».<sup>15</sup>

Las tesis referidas acercaron al PC a una visión según la cual la revolución puede ser hecha por una minoría activa, que por su audacia se hace del poder utilizando medios factuales de diverso tipo negando, una vez en el poder, la libertad a quienes considerara como «enemigos». Tal esquema, obviamente, precisamente porque hacía imposible la articulación entre socialismo y democracia, sólo podía conducir a un

---

<sup>15</sup> Luis Corvalán, *Op. Cit.*, p. 177

modelo de socialismo como el existente en los países del Este, lo que difería radicalmente de la «vía chilena» de Salvador Allende y de la orientación práctica seguida por el mismo PC al menos desde los cincuenta. Es decir, constituía un viraje radical hacia la ortodoxia y una descalificación desde ésta de la propia práctica histórica partidaria.

Tal evolución del PC continuó luego del pleno de agosto de 1977. Se vio estimulada por factores internos y externos. En lo interno, influyó la negativa de la DC a establecer alianza alguna con el PC para recuperar la democracia. También incidió el proceso de institucionalización de la dictadura militar. En lo internacional, aparte de la influencia de los socialismos reales, hay que mencionar el triunfo de la revolución nicara-güense, que parecía mostrar la factibilidad de la vía armada.

En el curso de dicha evolución fue formulada la llamada Política de Rebelión Popular de Masas, enunciada públicamente en septiembre de 1980, la que constituyó una especie de «neoreinosismo», aunque en condiciones distintas, pero con ciertas analogías.

Lo central de esta política radicó por una parte, en la decisión de colocar la lucha fuera y en contra del sistema institucional. Por la otra, en la reasunción del concepto de ruptura revolucionaria por sobre el proceso. Así, se ponía fin al histórico predominio del gradualismo en la política del PC.

La reasunción del concepto de ruptura se expresó a lo menos en: 1) la pretensión de resolver a plenitud el problema del poder; 2) en el entendimiento de la política como correlación de fuerzas político - militar; y 3) en una concepción de las

alianzas según la cual estas no serían ya el producto de acuerdos formales sino el resultado de situaciones de hecho en las que, ante la creación de facto de una determinada correlación de fuerzas político - militar, los aliados deberían sumarse a la lucha conjunta para no quedar abajo del carro, por decirlo así.

La primera cuestión la expresó el Secretario General del partido, Luis Corvalán, en los siguientes términos: la revolución requiere «resolver el problema del poder en su plenitud. Esto significa - señaló - que no basta, como ocurrió en nuestro caso, conquistar el gobierno - una parte del poder político - ni llevar a cabo transformaciones sólo en la estructura económica...»; es necesario - agregó -, «ser capaces de cambiar, también, y de modo profundo, toda la estructura del Estado». En la reflexión del PC, «la subsistencia de un aparato estatal cuya misión es la de sostener y defender los intereses reaccionarios termina por transformarse en instrumento de la contrarrevolución». Durante el proceso político verificado entre 1970 y 1973, tal había sido, «en particular, el caso del Poder Judicial y sobre todo el de las Fuerzas Armadas».<sup>16</sup>

El entendimiento de la política en términos de correlaciones de fuerza político - militares dio lugar a la legitimación de lo que Luis Corvalán, en su discurso «El Derecho del Pueblo a la Rebelión es Indiscutible», denominó como «todas las formas de lucha, incluida la violencia aguda». A la luz de ello fue que el PC intentó llenar el «vacío histórico» de lo militar, propio del gradualismo y del pragmatismo iluminado. Como resultado, durante la segunda parte de la dictadura, desarro-

---

<sup>16</sup> Luis Corvalán. Discurso pronunciado el 3 de septiembre de 1980. En *Tres Períodos de Nuestra Línea Revolucionaria*, Ed. citada, p. 236.

lló una política militar activa, con capacidad operativa inmediata, cuya expresión fundamental fue la conformación del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Todo terminó insertándose en función de una especie de perspectiva insurreccional, que denominó Sublevación Nacional, coronación de la política de Rebelión, la que no obstante finalmente fracasó luego del fallido atentado a Pinochet en 1986 y el descubrimiento de los arsenales en el norte.

Se completó así un viraje orientado a armonizar la práctica partidaria con la teoría ortodoxa y, correlativamente, se frustró la alternativa inversa, intuida por Salvador Allende, es decir, la opción de desarrollar una teoría innovadora que partiera de la práctica histórica del movimiento popular chileno y de la del propio Partido Comunista.

Tal desenlace, a mi juicio, constituyó el remate de un proceso de involución hacia formas preliminares del pensamiento revolucionario siendo, a la par, uno de los tantos factores de la crisis del PC verificada en los ochenta y de las tendencias al aislamiento que desde entonces lo afectaron.